



*El*  
**Barbizon**

EL HOTEL QUE LIBERÓ  
A LAS MUJERES

TRADUCCIÓN DE CECILIA FANTI

PAULINA BREN

PAIDÓS

# El Barbizon

El hotel que liberó a las mujeres



**PAULINA BREN**

Traducción Cecilia Fanti

PAIDÓS

## INTRODUCCIÓN



La glamorosa estrella de cine Rita Hayworth haciéndose la agotada después de un día de práctica en su papel de modelo para la película *Cover Girl* [*Las modelos*], de 1944. Aquí está posando para la revista *Life* entre las modelos reales del Barbizon, quienes no podían permitirse dormirse en los laureles después de un arduo día de trabajo.

**¿C**ómo era la mujer que se hospedaba en el famoso Hotel Barbizon de Nueva York? Podía ser de cualquier lugar –tanto de un pequeño pueblo de Estados Unidos como del otro lado del puente George Washington– pero, en general, bajaba del clásico taxi amarillo a cuadros porque todavía no

sabía cómo usar el subte de Nueva York. Tenía en la mano la dirección anotada en un pedazo de papel y se la leía cuidadosamente, en voz alta, al taxista: “Hotel Barbizon, en el 140 de la Calle 63 Este”. Pero posiblemente el taxista ya supiera adónde quería ir incluso antes de que ella hablara. Quizás había notado cuán tímidamente esta chica del interior recién llegada a Manhattan había parado el taxi, o cuán fuerte se aferraba a la manija de su maleta marrón, o que se había puesto sus mejores prendas.

Lo más probable era que el pedazo de papel estuviera abollado, sin duda desgastado, luego de haber viajado con ella en tren, colectivo o incluso en avión, si había tenido la suerte suficiente, o si, como Sylvia Plath o Joan Didion, era una ganadora del concurso de la revista *Mademoiselle*. La oleada de emoción cuando esta jovencita cruzaba las puertas del Barbizon le resultaría difícil de replicar en otro momento de su vida, dado lo que significaba en ese momento: que había logrado escapar de su pueblo natal y de todas (o ninguna) de las expectativas que allí anidaban. Había dejado eso atrás con resolución, a menudo después de meses de súplicas, ahorros, limitaciones y planes. Ya estaba aquí, en Nueva York, lista para reinventarse, para empezar una vida enteramente nueva. Había tomado el destino en sus propias manos.

A través de los años, las publicidades del Barbizon enfatizaban este punto: “¡OH! Es grandioso estar en NUEVA YORK... especialmente cuando vivís en el Barbizon para Mujeres”. El remate era siempre el mismo, asertivo en su tenacidad: *La residencia más exclusiva para señoritas de Nueva York*. Pero los artículos de las revistas también advertían acerca de los lobos, esos hombres que merodeaban las calles de la ciudad buscando jovencitas atractivas e inocentes, y el Barbizon prometía ser tanto protección como un santuario. Sin embargo, esa no era la única razón por la que las jóvenes de Estados Unidos querían quedarse allí. Todos sabían que el hotel estaba plagado de aspirantes a actrices, modelos, cantantes, artistas y escritoras, y algunas incluso

habían pasado de aspiracionales a famosas. Rita Hayworth había posado para la portada de la revista *Life* en el gimnasio, al lado de la pileta, luciendo tan *sexy* como impertinente.

Pero, antes que nada, la recién llegada tenía que pasar por la señora Mae Sibley, subgerenta y halcón del mostrador de la entrada, quien la miraría de arriba abajo y le preguntaría sus referencias. Además de tener buena presencia (preferentemente ser atractiva), y referencias que refrendaran su conducta moral, la señora Sibley sutilmente marcaría a esa huésped potencial con una A, B o C. Las A tenían menos de 28 años; las B tenían entre 28 y 38, y a las C, bueno, se les había pasado el cuarto de hora. La mayoría de las veces, una chica del interior con un sombrero de escuela dominical y una sonrisa nerviosa era una A. Pero esta primera prueba era fácil. Una vez que la señora Sibley la había aprobado, y le había entregado una llave, un número de habitación y una lista de qué se podía hacer y qué no, la recién llegada tomaría el ascensor hasta el piso de su habitación, su nuevo hogar, donde ningún hombre tenía permitido el ingreso jamás, y evaluaría qué hacer después. La habitación era un avance para algunas y un retroceso para otras. Pero, para todas las mujeres jóvenes del Barbizon, la cama angosta, el vestidor, el sillón, la lámpara de pie y el pequeño escritorio, todo apretado en la pequeña habitación con acolchado floreado y cortinas haciendo juego, representaba una suerte de liberación. Al menos, al principio.



*El Barbizon* cuenta la historia del hotel para mujeres más famoso de Nueva York desde su construcción, en 1927, hasta su transformación final en un condominio multimillonario, en 2007. Es, en principio, una historia de las mujeres singulares que atravesaron sus puertas, una historia de Manhattan a lo largo del siglo XX y un olvidado relato de la ambición de las mujeres. Fue construido en los “locos” años

veinte, para las bandadas de mujeres que de pronto llegaban a Nueva York para trabajar en los nuevos y despampanantes rascacielos. No querían quedarse en las incómodas casas de acogida; querían lo que los hombres ya tenían: “clubes residenciales” exclusivos, y hoteles con tarifas semanales, servicio diario de mucamas y un salón comedor en vez del embrollo de una cocina.

Otros hoteles de mujeres también florecieron en la década del veinte, pero solo el Barbizon quedó grabado en el imaginario estadounidense. Sobreviviría al resto, en parte, porque se lo asoció a mujeres jóvenes y luego, en la década del cincuenta, además de jóvenes, a mujeres hermosas, deseables. El hotel tenía una estricta política solo para mujeres y no permitía que los hombres ingresaran más allá del *lobby* del entresuelo, llamado “el rincón del amor” durante las noches de fin de semana, cuando las parejas flotaban entre sombras besándose detrás del follaje de unos maceteros estratégicamente colocados. El ermitaño escritor J. D. Salinger, sin ser ningún lobo, deambulaba por la cafetería del Barbizon y simulaba ser un jugador de *hockey* canadiense. Otros hombres, extraña y repentinamente, se sentían cansados y necesitaban reponerse un momento apenas cruzaban la Avenida Lexington y la Calle 63, y la recepción del Barbizon parecía el lugar perfecto para tomar un respiro. Malachy McCourt, el hermano del autor de *Las cenizas de Ángela*, y un puñado de otros hombres alegaron haber conseguido subir hasta los pisos de las habitaciones cuidadosamente vigiladas; mientras que otros, disfrazados de plomeros o ginecólogos a domicilio, lo intentaron, y fracasaron, para el divertimento (y la ira) de la señora Sibley.

Las huéspedes del Barbizon en clave de quién es quién: Molly Brown, sobreviviente del *Titanic*; las actrices Joan Crawford, Grace Kelly, Tippi Hedren, Liza Minnelli, Ali MacGraw, Jaclyn Smith, Phylicia Rashad; las escritoras Sylvia Plath, Joan Didion, Diane Johnson, Gael Greene, Ann Beattie, Mona Simpson, Meg Wolitzer; la diseñadora Betsey Johnson, y muchas otras. Antes de convertirse

en nombres conocidos, estuvieron entre las jóvenes que llegaban al Barbizon con una valija llena de cartas de recomendación y esperanzas. Algunas convirtieron el sueño en realidad; muchas otras, no. Algunas volvieron a sus pueblos natales; otras se refugiaron en sus habitaciones del Barbizon preguntándose qué había salido mal. Cada una deseó que su estadía fuera temporaria, apenas un vestigio cuando se hubieran establecido, dando voz a sus ambiciones y aspiraciones. Pero muchas siguieron allí año tras año. Las residentes más jóvenes las llamaban “Las Mujeres”, y eran un presagio de lo que les ocurriría si no progresaban y se mudaban.

En la década del setenta, mientras Manhattan pasaba del *glamour* al abandono, Las Mujeres se reunían al atardecer en el *lobby* para hacerles comentarios a las más jóvenes, y darles consejos no solicitados sobre el largo de sus polleras y lo provocativo de sus peinados. Tenían incluso más para decir en la década del ochenta, cuando la gerencia, al no poder sostener la versión original del santuario solo para mujeres, abrió el hotel a los hombres. Aunque amenazaron con irse, Las Mujeres se quedaron. Cuando Manhattan se reconvirtió en un mercado inmobiliario candente, y el Barbizon pasó su propia experiencia de reinención de hotel a condominio multimillonario, Las Mujeres obtuvieron la remodelación de sus propias habitaciones, donde algunas pocas todavía viven, en lo que ahora se llama Barbizon/63. Comparten la dirección de correo con otro actual residente, el actor y comediante británico Ricky Gervais.

Cuando abrió sus puertas en 1928, el Hotel Barbizon para Mujeres no necesitó aclarar que estaba dirigido a jóvenes blancas, de clase media y alta: la dirección en el Upper East Side lo decía, las publicidades representando a la huésped típica lo decían, las solicitudes de cartas de recomendación de cierta clase lo decían. Pero en 1956, una estudiante de la Universidad de Temple, una artista y bailarina talentosa llamada Barbara Chase, apareció en el Barbizon. Era probablemente la primera afroestadounidense que se quedaba en

el hotel. Su estadía no tuvo incidentes, porque estaba protegida no solo por su belleza y logrado currículum sino, también, por la revista *Mademoiselle*. Su directora, Betsy Talbot Blackwell, quien pisaba fuerte en el mundo editorial de Nueva York, a pesar de ser una ferviente republicana entre literatos liberales, la había llevado a Nueva York durante el mes de junio como una de las ganadoras del prestigioso programa de editora invitada de la revista. Nadie aseguraba que el Barbizon fuera a dejar entrar a Barbara Chase. Lo hicieron, aunque olvidaron mencionarle la piscina del subsuelo del hotel. En las oficinas de *Mademoiselle*, en la Madison Avenue, Betsy Talbot Blackwell acompañaría a Barbara afuera de la sala cuando aparecían los clientes sureños para reunirse con las jóvenes editoras invitadas del programa de ese año.

El Barbizon y la revista *Mademoiselle* eran en varios sentidos simbióticos: atendían al mismo tipo de mujeres y encabezaban un cambio, por momentos tan radical que solo se vieron superados por los intereses y prioridades de las propias mujeres que recibían. Es por ello que resulta imposible contar la historia del Barbizon sin recorrer, también, los pasillos de la redacción de *Mademoiselle*. En 1944, Betsy Talbot Blackwell había tomado la decisión de que las ganadoras del programa de editora invitada –llevadas a Manhattan en julio para ser la sombra de los editores de la revista durante el día y disfrutar de cenas lujosas, galas deslumbrantes y sofisticados cócteles por la noche– debían hospedarse en el Barbizon. El concurso atrajo a la *crème de la crème* de las jóvenes universitarias y abrió las puertas del Barbizon a mujeres de la talla de Joan Didion, Diane Johnson, Gael Greene, Meg Wolitzer, Janet Burroway, Lynn Sherr y Betsey Johnson.

Pero fue Sylvia Plath, la editora invitada más famosa que tuvo *Mademoiselle*, quien llevó una notoriedad desbordante al hotel. Diez años después de hospedarse allí, y poco antes de su último, exitoso, intento de suicidio, Plath revelaría los secretos del Barbizon bajo

el nombre de “el Amazon” en su novela más conocida, *The Bell Jar* [*La campana de cristal*].

Las geniales editoras invitadas, ganadoras del concurso de *Mademoiselle*, compartían el hotel con estudiantes de la famosa escuela de secretarías Katharine Gibbs, quienes ocupaban tres pisos, con sus propias “madres de acogida”, toques de queda y té. Esta clase de jovencita, con sus guantes blancos y sombreros perfectamente calzados, vestimenta obligatoria para una chica Gibbs, era sinónimo de las nuevas oportunidades para las chicas de pueblo que no podían cantar, bailar o actuar en su camino hacia Nueva York, pero sin duda podían tipear su salida del hogar hacia el brillo y el *glamour* de la Madison Avenue. Sin embargo, fue la presencia de las modelos de la agencia Powers, primero, de la cual algunas escaparon hacia la nueva agencia Ford, dirigida por dos mujeres encantadoras desde un departamento de mala muerte, lo que definió la reputación del Barbizon como una “casa de muñecas”. Pero puertas adentro de esta residencia de chicas con un calendario de citas, subidas a tacos altos y glamorosos, también había desilusión. La escritora Gael Greene regresó al Barbizon dos años después de su primera estadía junto a Joan Didion como editora invitada, esta vez para documentar a todas aquellas que no eran consideradas “muñecas”: las residentes ignoradas eran las “Mujeres solas”. Algunas eran lo suficientemente solitarias como para suicidarse: a veces, los domingos por la mañana, porque como notó una de Las Mujeres, las noches de los sábados eran noches con citas (o sin ellas) y el domingo podía ser amargo. La gerencia del Barbizon, Mae Sibley y el gerente Hugh J. Connor, se aseguraban de que los suicidios fueran silenciados y pocas veces aparecían en los diarios. Sabían que las apariencias importaban más que todo lo demás y era mejor publicitar a la huésped más glamorosa del Barbizon, Grace Kelly, que dar a conocer a las tristes y desamparadas.

Para cuando el Barbizon abrió sus puertas a los hombres, la premisa sobre la que se había edificado el hotel –que las ambiciones de las mujeres, sin importar su tamaño, podían desarrollarse mejor en residencias de un solo sexo con servicio diario de mucamas y sin la mínima posibilidad de ser empujadas de regreso a una cocina, puesto que no había ninguna– parecía pasada de moda. Entonces, ¿por qué deseé que existiera un lugar así cuando llegué a Nueva York después de graduarme en la universidad? ¿Y por qué siguen surgiendo los espacios exclusivos para mujeres, que alientan sus ambiciones? Las mujeres no llegaban al Barbizon para conectarse entre sí y, sin embargo, lo hicieron. Se ayudaban a conseguir trabajo, hablaban con las demás de sus problemas, se aplaudían los éxitos entre sí y consolaban a las que estaban frustradas y con el corazón roto.



El Hotel Barbizon para Mujeres, construido a mediados de la década del veinte, abrió sus puertas en 1928 a las mujeres que buscaban una vida independiente en Manhattan.

Se sentían empoderadas solo por el hecho de estar en el Barbizon. La actriz Ali MacGraw, una de las huéspedes durante el verano de 1958, recuerda cómo sostenía su café matinal, en el típico vaso descartable con motivos griegos azules y blancos, sintiendo que “ya estaba logrando algo” con solo estar allí.<sup>1</sup>

*El Barbizon* relata una historia de la que hasta ahora solo se habían escuchado fragmentos. Cuando decidí escribir sobre este hotel irrepetible y las grandes mujeres que atravesaron sus puertas, no me di cuenta de que otros, antes que yo, también lo habían intentado y luego abandonado. Como ellos, al principio yo también di contra un muro en mi investigación: simplemente hay muy poco material sobre el hotel. En el New-York Historical Society Archive [archivo histórico y social de Nueva York], donde esperaba encontrar una pila de documentos, me entregaron una finísima carpeta con la etiqueta “Barbizon” y apenas algunos artículos de diarios. Y, también muy pronto, me di cuenta de que había poquísimo material sobre el tipo de mujeres que se alojaron en el Barbizon; las “mujeres del medio”, podría decirse, esas que no eran de clase alta, esas que pertenecían a asociaciones de correspondencia o mujeres sindicalizadas de clase trabajadora. Claro que estos huecos en los archivos historiográficos también nos cuentan algo: nos hablan de cómo la vida de estas mujeres es fácil de olvidar y cómo el silencio puede hacernos creer que no participaban activamente en el devenir cotidiano del siglo XX.

Pero lo hicieron muchísimo, de maneras creativas y con planes ambiciosos. Noté esto mientras descubría lentamente las historias ocultas del Barbizon; a veces como historiadora, como entrevistadora

---

1. El vaso descartable de la compañía Sherry Cup, con motivos griegos y la frase “We are happy to serve you” (“estamos felices de servirlo”), conocido como “la ánfora”, era el más común y visto en Nueva York en esa época, cuando las cadenas de cafeterías no existían y la gran mayoría de los carritos de café y cafeterías eran dirigidos por la comunidad griega que había inmigrado a la ciudad a principios del siglo XX. [N. de t.]

e, incluso, como detective, ubiqué a esas antiguas huéspedes, mujeres de 80 y 90 años lúcidas, afiladas y graciosas. Encontré borradores, cartas, fotografías. Incluso hallé un archivo en Wyoming. El conjunto revela la historia de mujeres solteras de cierto tipo; qué significó para ellas tener, finalmente, un cuarto propio y el aire que necesitaban respirar en Nueva York, la ciudad de los sueños, sin ataduras ni expectativas familiares. El Hotel Barbizon fue la posibilidad de conjurar una nueva versión de sí mismas; nada parecido había existido antes ni existiría después.